



## **MISA DE PROFESIÓN SOLEMNE EN EL MONASTERIO DE LA SANGRE**

**Alicante, 24 de Marzo de 2017**

Queridos hermanos Sacerdotes, hermanas de la entrañable comunidad de este Monasterio, y especialmente querida hermana que haces hoy tu consagración al Señor de forma solemne, padrinos y hermanos todos:

En las rúbricas para la celebración de la consagración de vírgenes unida al rito de la profesión perpetua, se señala que conviene celebrarla en solemnidades especialmente dedicadas a la conmemoración de los misterios de la Encarnación, o, también, en las fiestas de la Virgen María. Me permito indicar esto, porque no es fácil encontrar en el calendario litúrgico solemnidad tan singular para materializar todo ello como es la solemnidad de hoy, la Anunciación del Señor a María. La liturgia de la Iglesia nos quiere hacer recordar con una memoria especial el día en el que el ángel Gabriel fue enviado a Nazaret para anunciar a María que sería la madre de Jesús. El Evangelio nos lleva a un pequeño lugar de Galilea a una modesta habitación. Ella es una muchacha como las demás, vive la vida ordinaria de la aldea. Y sin embargo sobre ella se ha posado la mirada de Dios.

Desde su concepción fue elegida para ser la madre del Salvador: Dios la había preservado, la había cuidado, purificado de toda mancha, para que pudiera acoger al Señor Jesús. Por eso el ángel puede decirle: “Alégrate, llena de gracia”. Sí, María está llena del amor de Dios, y en esto es la primera de todos nosotros; es la que con mayor profundidad sabe escuchar la Palabra del Señor. De hecho al oír las palabras del ángel se turba. Pero el ángel la conforta: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios...” Y ante su pregunta, insiste: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”. Podemos imaginar el tumulto de pensamientos que se desencadenan en el corazón de esta joven. Podía decir que no, y permanecer en su tranquilidad. Ciertamente, pero de ese modo se habría apartado de los horizontes de Dios.

María, teniendo en cuenta no sus fuerzas sino únicamente la palabra del ángel, responde: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. Ella responde con total aceptación; ella nos ofrece el ejemplo de cómo acoger la Palabra de Dios; así se invierte la desobediencia de los primeros padres y comienza el tiempo de la redención.

Ante este Evangelio, percibimos la luz que, a semejanza del sí de María, ilumina la consagración de nuestra hermana en esta celebración. A semejanza de María, y ante la entrega del Hijo de sus entrañas, ante el amor de Dios manifestado en su Hijo, lo único con lo que el ser humano puede corresponder a ese amor es con la donación de nuestra propia vida, de nuestras propias personas, de nuestro amor.

En la carta a los Hebreos, hemos escuchado esas palabras: “Señor, tu no quieres sacrificios ni ofrendas, me has dado un cuerpo, aquí estoy Señor para hacer tu voluntad”. Hacer la voluntad del Padre, consagrarse por amor a Él, responder al amor de Cristo con nuestro amor es la única correspondencia con la que podemos estar coherentemente ante Él. La consagración esta tarde de nuestra hermana visibiliza aquello con lo que correspondemos al amor de Cristo, la propia vida: “aquí estoy Señor para hacer tu voluntad”.

Demos gracias a Dios en esta solemnidad de la Encarnación que nos manifiesta hasta qué punto Dios nos ha querido, nos quiere, hasta el punto de hacerse hombre en las purísimas entrañas de la Virgen María. El, que se ha encarnado para darnos vida, y que nos la da entregando la suya, como celebraremos bien pronto en los días santos, en la conmemoración pascual, hoy, con su Iglesia, nos permite expresarle nuestra correspondencia uniéndonos a la mejor ofrenda que le podemos hacer, la consagración de nuestra hermana, expresión de la entrega de su vida, de su amor.

De modo especial es bueno destacar de su profesión y consagración virginal, unas palabras que dentro de un momento, en el escrutinio, vamos a escuchar. En ellas se señala la búsqueda de la caridad perfecta, la comunión fraterna como Canónigas Regulares Lateranenses de la regla de San Agustín, para que, bien unidas, vivan dedicadas a la oración. Algo muy específico en ellas: la contemplación unida al exquisito cuidado del culto, de la alabanza del Señor, con sus personas, con sus vidas, compartiendo con el pueblo fiel esa alabanza con su voz.

Nuestras hermanas con su oración, con su canto, nos llevan al Señor; la perfección, la delicadeza de su culto, de su liturgia, nos ayuda a sentir la cercanía del Señor. Queridas hermanas: que con vuestra oración, vuestro culto en espíritu y en verdad, vuestra contemplación constante del misterio de Dios, sigáis siendo la luz encendida que Dios nos regala en el corazón de nuestro Alicante.

Sed la luz que nos recuerda que Él viene a nosotros, sigue con nosotros, sed la luz de las vírgenes prudentes que mantienen la espera del esposo que llega. Sed también desposadas con Cristo en pobreza y obediencia, un signo en medio de este mundo que pasa con tanta fugacidad; y en medio de la Santa Iglesia sed signo vivo de fidelidad constante al Señor. Sed vírgenes prudentes siempre en espera, con las lámparas encendidas, con una vida encendida de amor, de adoración al Señor.

Y porque sois débiles, porque necesitáis ser sostenidas por la gracia, por la misericordia de Dios, en esta asamblea, especialmente tú, hermana, vais a ser acompañadas con nuestra oración. Especialmente significativas van a ser las letanías, y toda la Eucaristía ofrecida por vosotras, por ti, por vuestra luz y consagración tan vitales en la vida de nuestra Iglesia.

Todo lo pido por intercesión de nuestra Madre, de María, en la fiesta de la Encarnación, en la fiesta de su sí por amor, que nos abrió las puertas de la salvación y nos trajo a Jesús. Que San Agustín y la muy querida Santa Catalina Tomás, intercedan por vosotras, por ti, por todos nosotros ante el Señor. Así sea.

**✠ Jesús Murgui Soriano.**  
Obispo de Orihuela-Alicante.